

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Juan 19,25-27

En aquel tiempo, junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

El evangelio de hoy nos lleva al pie de la cruz, al momento en que Jesús estaba siendo crucificado por amor a nosotros. En medio del dolor y el sufrimiento, surge un ejemplo de amor y cuidado que merece toda nuestra atención.

En ese momento crucial, vemos a María, la madre de Jesús, junto a la cruz. Imaginemos la intensidad de sus emociones mientras observa a su Hijo amado soportando un sufrimiento indescriptible. Su corazón de madre se siente destrozado. Pero, a pesar de su propio dolor, María permanece allí, firme y fuerte.

Jesús, desde la cruz, mira a su madre y al discípulo a quien amaba y dice: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Y luego, dirigiéndose al discípulo, dice: "Ahí tienes a tu madre". En ese momento, Jesús no solo está cuidando de su madre terrenal, sino que está estableciendo un nuevo vínculo espiritual entre María y todos nosotros. Nos está entregando a María como nuestra madre espiritual.

Este gesto de Jesús tiene un significado profundo. Nos muestra que María es la figura materna para todos los creyentes. Al adoptar a María como nuestra madre espiritual, Jesús nos invita a acercarnos a ella con confianza y amor. María está siempre dispuesta a interceder por nosotros, a cuidarnos y a guiarnos en nuestro camino de fe.

María es un modelo de obediencia y fe. Desde el momento en que el ángel le anunció el plan divino para su vida hasta el pie de la cruz de su Hijo, María demostró una confianza inquebrantable en Dios. Ella nos muestra cómo decir "sí" a Dios en medio de las circunstancias más desafiantes.

Al mirar a María, vemos un testimonio vivo de lo que significa caminar junto a Jesús en todos los momentos de la vida. María está ahí para nosotros, como una madre amorosa, intercediendo por nosotros ante su Hijo.

Hoy contemplamos la verdadera realidad del Corazón Inmaculado de María, y todos los afectos y sentimientos que hay en él, cara a cara frente al Corazón de Jesús. Queremos mirar a Jesús con los ojos de María. Queremos mirar a María con los ojos de Jesús.

Pidamos vivir esta Santa Misa desde el Corazón de María, y pedirle que nos descubra nuevas revelaciones de amor y de conversión que se hacen realidad aquí. Porque este es el sacrificio de Jesús que se entrega por nosotros en la Cruz, y esta es la sangre que se derrama para el perdón de nuestros pecados y de los del mundo entero.